

# UNA MARQUESA NOS DIVISA

*Jorge Fernando ITURRIBARRIA*

NO LE FALTABA perspicacia ni fino espíritu de observación a la marquesa de Calderón de la Barca, Frances Erskine Inglis. En el *Diario* que escribió durante los dos años y siete días de su residencia en la ciudad de México —del 27 de diciembre de 1839 al 2 de enero de 1842— se asomó a las costumbres y maneras de ser de la sociedad capitalina y retrató a los familiares de los políticos mexicanos del partido conservador —con quienes convivió— y a otras personas más, restos de la vieja aristocracia virreinal ya en franco proceso de desaparición.

Algo pudo atisbar en el medio rural, durante los diversos viajes que realizó, en las postrimerías de su permanencia, por las poblaciones aledañas, por los latifundios de españoles amigos y por las labores de minas, sin contar sus incursiones en diversas ciudades y pueblos: Cuernavaca, grutas de Cacahuamilpa, Cuautla, Cholula, Puebla, Toluca, Morelia, Pátzcuaro, Uruapan y el viejo Tzintzuntzan, amén de otros lugares de paso forzoso entre Veracruz y México, y la visita especial que en compañía de su marido don Ángel Calderón de la Barca hizo inicialmente a Manga de Clavo, invitada por los esposos Santa-Anna.

Del pueblo propiamente poco o nada supo, pues sus conocimientos se redujeron a atisbar las escenas de los *léperos* que sorprendía desde el balcón de su casa (aquella “paredaña al Palacio de la Pinillos o Casa de la Herradura”, según la identifica don Artemio de Valle-Arizpe),<sup>1</sup> a su trato con los criados y a lo que decían sus amigos, generalmente predispuestos o llenos de prejuicios para con el pueblo, por el abismo social que separaba a unos de otros: esos *léperos* a quienes Frances flama “ambulantes montones de harapos que se tumban bajo los arcos del acueducto y aspiran perezosamente el aire y los rayos del sol”.

Del general Guadalupe Victoria —que les fue presentado en Veracruz— elogia su sencillez y resistencia al sufrimiento; pero lo supone “mal documentado para la conversación” y le atribuye “indolencia, falta de resolución y excesiva confianza en sus propios conocimientos”; lo presenta, en fin, como un soldado de opereta o algo así.

En cambio, no parece darse cuenta de la calculada afectación y teatralidad consumada de Santa-Anna, pues el caudillo le impresiona favorablemente. Le interesa a la futura marquesa ese aspecto de dignidad que, bajo un velo de melancolía, supo fingir Santa-Anna ayudado por la expresión de sus ojos negros y hundidos. Mal informada andaba la reina Isabel de España respecto de los asuntos políticos de México, cuando con su flamante embajador le enviaba una misiva con el tratamiento de “S. E. el presidente de la República”, misiva que Santa-Anna recibió con inocultable halago, como diciendo entre sí: “¡Bah, ya no lo soy, pero volveré a serlo en cuanto me venga en gana...!” El vencedor de Tampico no desaprovechaba ocasión para referir, con voluptuosidad de héroe en receso, los episodios de la “Guerra de los pasteles”, en que perdió aquella pierna que tan cara le salió a la nación. Después del almuerzo, y como corolario de su genialidad en la guerra —aunque sin aludir a Tampico— mostróles su caballo predilecto de batalla, terminando por hacer otro tanto con su excelente cría de gallos de pelea.

DESPUÉS DE BREVE permanencia en Veracruz, los viajeros llegan a la capital del ex virreinato, donde se establecen. Ella inicia desde luego sus observaciones, materia del *Diario*.

Entre las cosas que más le extrañan está la cortesía, empalagosa, reiterada, fingida e inútil. Relata el siguiente diálogo con su médico, a quien apenas conoce. Ella está en cama por un acceso palúdico, y la visita del facultativo ha terminado.

—Señora (de pie junto a la cama), estoy a sus órdenes.

—Muchas gracias, señor.

—Señora (a los pies de la cama), reconózcame por su más humilde servidor.

—Buenos días, señor.

—Señora (de pie junto a la cama), beso a usted los pies.

—Señor, beso a usted la mano.

—Señora (ya cerca de la puerta), mi humilde casa y todo cuanto hay en ella, yo mismo, aunque inútil, todo lo que tengo es suyo.

Hace una cortesía al abrir la puerta, y después de abrirla hace otra:

—Adiós, señora; servidor de usted.

—Adiós, señor.

Sale, entreabre la puerta, y asomando la cabeza:

—Buenos días, señora.

De igual modo la confunde la *etiqueta mexicana*, que consiste en la obligación, para todo recién llegado, de ponerse a las órdenes de las familias importantes mediante una tarjeta impresa, como si se tratara de propaganda de negocio. “Esto —dice— obliga incluso a los ministros extranjeros, y si no se cumple esta prescripción protocolaria, la familia recién llegada permanecerá totalmente desconocida e ignorada.” Empero, más tarde parece contradecirse cuando afirma, haciendo justicia a la cortesía mexicana, que “en punto de amabilidad y de maneras cordiales, no he dado nunca con mujeres que puedan competir con las de México, y me parece que las de cualquier otro país parecerán frías y estiradas si se las compara con éstas”. Lo que no es óbice para que adelante refiera, entre jacarandosa y apenada, el chasco que se llevó cuando, al mandarle avisar una amiga suya “que ya tenía otra *criada* a su disposición”, ajena la futura marquesa al verdadero sentido del amable recado, contestó que mucho agradecía el aviso, pero que precisamente acababa de contratar la recamarera que le hacía falta. “Todo —dice— lo colocan aquí a la disposición de usted: la casa, el carruaje, los criados, los caballos, los aretes de las señoras, el alfiler de corbata de los caballeros, etc., etc.”

Con no menos azoro se hace lenguas de la ostentación de joyería y sedas. Le impresiona que lleguen a visitarla gentes que, más que la conversación y la amistad, buscan exhibirse cubiertas de “diamantes, perlas, sedas, blondas, rasos y terciopelos”. La esposa del general Gabriel Valencia llevaba “mantilla de blonda negra, sujeta con tres penachos de diamantes”.

tes; aretes de brillantes de tamaño extraordinario, collar de diamantes de inmenso valor, bellamente montados, collar de *perlas peras* valuado en veinte mil duros. . .”, y así la marquesa de San Román y las condesas de Santiago, y de la Cortina, tanto la viuda como la hija. Y el traje de charro, cubierto en su totalidad de bordados de oro, los estribos de plata, la fusta en cuyo mango se ostenta un diamante de insolente tamaño, la silla de montar, con inscrustaciones de oro y plata, etc. “Los obispos y presbíteros —añade— deslumbran por sus joyas.” Cuando el presidente Anastasio Bustamante apadrinó la consagración del arzobispo Posada, éste lucía durante la ceremonia, en Catedral, el magnífico anillo de su padrino “con un diamante solitario de proporciones inmensas”, y en una ocasión en que la escritora escocesa es invitada a la ceremonia de ingreso de una monja en el convento, llega a la sacristía, “donde se hallaba sentada la futura religiosa en compañía de su madrina, de sus amigas y parientes, con un traje de raso azul pálido, con diamantes y perlas. Se ahogaba literalmente en blondas y joyas”.

Un aspecto que la molesta es el de la frecuencia y prolongación de las visitas sociales, y más aún la costumbre de que quienes visitan a la hora de las comidas, aceptan quedarse a la primera insinuación, como si deliberadamente lo hubiesen planeado.<sup>2</sup> En mi concepto, su comentario revela bien su nacionalidad y su temperamento, e induce a suponer que haya pecado de breve y superficial su paso por España —si es que residió allá antes de venir a México— pues que, de otro modo, habría conocido ese tipo de hospitalidad y de convivialidad entre familias amigas, que fue hábito laudable dejado entre nosotros por las costumbres españolas y que subsistió cuando menos hasta la primera década del siglo actual. Luego, en cuanto a la asiduidad del visitante, señala su estupor agregando: “¡Si estáis dormidos aguardan a que despertéis, y si salisteis, vuelven! . . .”

En cambio, es natural que manifieste su extrañeza por la extendida costumbre que había entre las mujeres jóvenes, maduras o viejas, de fumar a todas horas, ante propios y extraños, sin la menor pena: en los entreactos de la ópera, en las

tertulias, en las visitas y, en ocasiones, hasta en la calle. “En Puebla —afirma— fuman más que en México las señoras, o por lo menos lo hacen con más frecuencia; pero disfrutan de tan pocas diversiones, que debe perdonárseles este abuso.”

Causábale análoga impresión, aunque en otro orden, el abuso de la carne: “No hay país en el mundo en que, como en éste, se consuma tal cantidad de alimentos de procedencia animal. Los consumidores no son los indios, sino las clases altas que, por lo general, toman carne tres veces al día.” A esto y al exceso de chile como condimento, atribuye Frances la frecuencia de los padecimientos nerviosos en México, “que las gentes aplacan con baños calientes”.

Reflejo fiel de la predisposición de algunas de sus relaciones sociales contra lo que configuraba el sentimiento del México independiente, es la siguiente sabrosa anécdota. Invitada la futura marquesa a un baile de fantasía, la esposa de un general le lleva a su casa “un soberbio traje de china poblana”, que la escritora describe con admiración; a la sazón, otras dos señoritas llegadas de Puebla, conocedoras del particular atuendo, la visitan para mostrarle cómo se hace el peinado, y se ofrecen para arreglarla el día de la fiesta con los afeites propios de esa indumentaria, haciéndolo previamente, y a su vista, con una jovencita, para que Frances compruebe el resultado. Éstas y otras personas conocidas de ella, y aun desconocidas, que la buscan a propósito, celebran jubilosamente su resolución de lucir el bello vestido mexicano, felicitándose de haberlo dispuesto ella así, lo que, con sobrados motivos, comienza a parecerle inusitado y aun sospechoso, cuando... Pero dejémosle a ella la palabra:

Poco después llegaron más visitas; precisamente cuando imaginábamos que ya habían concluido y que íbamos a comer, nos dijeron que el Ministro de Relaciones, el de Guerra, el de Gobernación y otras personas esperaban en la sala. ¿Y cuál imagináis que era el objeto de semejante visita? ¡Pues conjurarme en nombre de cuanto hay de más alarmante, para que desechase la idea de presentarme en traje de china poblana! Ellos me aseguraron que las chinas poblanas son, por lo general, *femmes de rien*, que no usan medias y que la esposa de un ministro español no debía, por manera alguna, ponerse semejante traje, ni aun por una sola

noche. Fui a sacar mi vestido, les mostré su longitud y su decencia, pero todo fue en vano; y la verdad es que no cabe duda de que han de tener razón y que sólo un motivo bondadoso los ha inducido a molestarme: por lo tanto, cedí y di las gracias al Consejo de Ministros por su oportuna advertencia...

Apenas se habían ido, cuando el señor... trajo un recado de algunas de las señoras principales de la ciudad, a las que ni siquiera conozco, y las cuales me suplicaban que, en mi calidad de extranjera, les diese permiso para explicarme las razones por virtud de las cuales el traje de china poblana no resulta recomendable en este país, especialmente en una solemnidad pública, como lo sería el baile de marras...

Increíble parece que del vestido de china poblana se haya hecho una cuestión político-diplomática, casi un asunto de estado, con la intervención oficiosa de tres ministros del presidente Anastasio Bustamante. Pero si se ahonda un poco más y se recapacita en la época; si se recuerda que el jefe del ejecutivo nacional era un ex realista, conservador acérrimo, monarquista por convicción, enemigo del viejo partido insurgente y personaje coludido en el asesinato del general Vicente Guerrero, se explica el disgusto que podía causar en el gobierno que la esposa del embajador español se exhibiera con la indumentaria femenina adoptada simbólicamente por el pueblo como una ostensible expresión de mexicanidad. El cuadro se completa cuando sabemos que los nombres de esos tres ministros, de Relaciones, de Guerra y de Gobernación —prudentemente callados por la escritora escocesa—, son respectivamente Juan de Dios Cañedo, Juan Nepomuceno Almonte y Luis Gonzaga Cuevas.

DESPUÉS, la autora del *Diario* nos da una impresión directa de cómo estaba formada aquella sociedad, para quien la independencia económica y social del país carecía de validez efectiva, si no por la conservación intacta de prebendas y privilegios, sí, cuando menos, por la posesión y usufructo de los bienes acumulados durante la Colonia y por su posición actual dentro de un régimen de gobierno que parecía añorar los tiempos del virreinato.

Figuraban en aquella sociedad: los Condes de Santiago,

cuyo mayorazgo era don José María Cervantes y Altamirano de Velasco, undécimo marqués de Salinas de Río Pisuegra, adelantado de las islas Filipinas, coronel de infantería, caballero de la Orden de Carlos III, que había suscrito el Acta de Independencia de México, siendo miembro de la Soberana Junta provisional gubernativa, casado en segundas nupcias con doña María Ozta y Cotera; los Condes de Cortina, él, a la sazón, gobernador de la ciudad de México, ex ministro de Hacienda, general de Brigada, o sea don José María Justo Gómez de la Cortina y Gómez de la Cortina, caballero de la Orden de Montesa, Gran Cruz de Carlos III y gentilhombre de cámara, casado con doña Paula Rodríguez de Rivas; la Marquesa de San Román, Gran Cruz de María Luisa de España, de rancia nobleza veneciana, tía del duque de Canizzaro, y las esposas de generales o parientes de altas dignidades eclesiásticas cuyos nombres la escritora vela discretamente con las iniciales.

Además de estas personas, que gustaban de exhibirse y de lucir al amparo del régimen bustamantista, hay el grupo de la rancia sociedad —últimos vestigios de la época virreinal— que se mantiene hermética y reservada, encerrada en su casa para que los vástagos “no se contaminen con el mal ejemplo”. Éstos son los especímenes de la sociedad decadente en proceso firme de extinción, que deja el paso a la “nobleza” recién adaptada a un medio que tolera concesiones —desde luego, convencionales— al estilo democrático de vida de una república teórica, o bien a la nueva sociedad en formación, menos preocupada de formalismos, con menos prejuicios, pero calificada por la futura marquesa de “raza nueva que tiene poco, por sus maneras y apariencias, de la *vieille cour*; son principalmente, según se dice, esposas de los militares surgidos de las revoluciones, ignorantes y llenos de presunción”.

No sabemos si las críticas de la escocesa para con esta nueva sociedad se originan en una explicable predisposición nacida y fomentada en el círculo de sus relaciones, y luego psicológicamente fortalecida en el cargo de su esposo, que viene de una corte europea, o si, como no sería imposible, estaba realmente imponiéndose en México el “rastacuerismo” del nuevo rico, del

general improvisado, del político con fortuna. De esta sociedad que —valga la aclaración— ella no se abstuvo de recibir ni de frecuentar, hace la siguiente descripción:

Juzgando en conjunto, había pocas bellezas notables, poca gracia y poca gente que bailara bien. Había demasiado terciopelo y raso, y los trajes estaban recargadísimos. Los diamantes, aunque soberbios, estaban, por lo común, mal montados. Los trajes, comparados con la moda actual, eran absurdamente cortos, y los pies, pequeños por naturaleza, aparecían estrujados dentro de los zapatos aún más pequeños, lo que les quitaba la gracia, bien fuese al andar o al danzar...

Y visto el caso desde otro ángulo, añade:

Ved, por ejemplo, el hermoso carruaje del rico X, dueño de una de las mejores casas de México: su mujer lleva un turbante de terciopelo negro, sujeto con grandes perlas, y en este momento aspira el humo de un cigarrillo. No es bella, pero sus joyas son soberbias. Dejemos a algún hábil cronista la tarea de relatar de qué manera hizo él su gran fortuna, parte por medio del juego y parte por medio de otros procedimientos menos respetables. O bien, contemplemos esta elegante carretela de cristales abiertos, en cuyo interior se descubre una constelación de bellezas y de la cual tiran hermosos frisiones grises. Estas señoras llaman la atención porque su aire es más europeo que el de las otras, más brillantes sus colores, más sencillos y largos sus trajes, y porque llevan sombreros de París... Otro coche, hermoso y sencillo, lleva a la familia de uno de los ministros [del gabinete]: madre e hijas, bellas todas, con ojos españoles y brillantes colores morenos, y detrás un carricoche de alquiler, lleno de mujeres de rebozo y de niños embadurnados de dulce. Algunos de los cocheros y lacayos van vestidos a la mexicana, al paso que otros ostentan libreas.

A las mujeres de México las clasifica en feas, relativa o parcialmente bonitas, y descuidadas, pero declara que “no se puede sino sentir sorpresa al advertir la general ausencia de belleza que existe en México”. Llamen la atención “los bellos rostros de las inglesas —dice con solidaria simpatía—, la belleza de expresión y las facciones finamente cinceladas de las españolas, el modo de decir cosas agradables de la francesa y su manera tan picante de jugar con los ojos y hasta con la boca...”. Haciendo, luego, alguna concesión a la mujer mexicana, afirma:

La belleza de las mujeres consiste aquí en los soberbios ojos negros, en el hermoso cabello oscuro, en los bonitos brazos, y en que las manos y los pies están muy bien hechos. En el capítulo de los defectos podríamos poner la corta talla, la gordura, la frecuencia con que se advierten malos dientes, y el color, que no es el olivo claro de las españolas, ni el moreno brillante de las italianas, sino un amarillo bilioso.

Entran en el grupo de “las descuidadas” quienes omiten el corsé, llevan el cabello despeinado y se tocan con un rebozo. “En estas condiciones —dictamina—, se necesita ser verdaderamente muy bonita para conservar los atractivos.”

Más tarde corrige su primera opinión, pero en un tono que parece ser nueva concesión, al afirmar que: “las mujeres mexicanas tienen, cuándo están sentadas, un aire de gran dignidad y sus facciones son de lo más reposado”, de manera que lo que afea a la mujer mexicana son el cuerpo y la falta de gracia en el andar y moverse. Ella está segura de que por eso sólo pueden lucir “en el sofá, en su coche, o en su palco, en el teatro”.

Le llaman la atención, pero como si las viera en la vitrina de un museo de historia natural, las mujeres de “largo cabello suelto, que arrastran por el pavimento como una cauda, por más de media yarda”.

De nuestras *indias puras*, afirma: “son de lo más feo que pueda imaginarse; es una raza suave [*sic*], puerca y de mucha resistencia”; pero, en tratándose de la *india mestiza*, hace una excepción, pues

ocasionalmente se encuentra en las clases inferiores algún rostro, algún cuerpo tan bellos, que fácilmente hemos de suponer que ha de haber sido alguna india como éstas la que encantó a Cortés, con ojos y cabello de hermosura extraordinaria, color oscuro pero brillante, la indígena belleza de los dientes blancos como la nieve, junto con pies pequeños y manos y brazos bellamente formados, por mucho que el sol y el trabajo los hayan estropeado.

Sin embargo, en una excursión a la hacienda de San Bartolo, en las inmediaciones de México, se convence de que

la presencia de bellas mujeres mestizas no es tan ocasional como suponía:

Una hermana de la encargada de la hacienda en que vivimos ahora es una de las criaturas más lindas que he conocido: grandes ojos con largas pestañas negras, cabello negro que casi toca el suelo, dientes blancos como la nieve, color oscuro pero brillante: talle soberbio, con hermosos brazos y manos, los pies chicos y bellamente formados. Todo lo mejor de la raza española e india parece haberse combinado en ella para formar una morena muy linda... Sin duda que pertenece a la raza mestiza, descendiente de blancos e indios, la raza más hermosa de México.

En ocasión de su visita a la Academia de Bellas Artes de San Carlos, su extrañeza raya en la indignación al ver que los modelos de yeso enviados hace años por el rey de España se hayan “junto a estatuas de basalto y pórfido, esculpidas con jeroglíficos aztecas”, reunidos todos estos monumentos en el propio patio de la Academia, circunstancia de lo más “absurda”, y que le da pie para suponer lo curioso que resultaría “comparar los restos de la escultura mexicana, monumentos de un pueblo semibárbaro, con las grandes creaciones de Grecia y Roma”. Esta opinión de Frances tiene excusa porque no hace más que compartir el criterio general de la estética de aquellos tiempos. Ella habla entre 1840 y 1842, cuando en materia de gusto artístico dominaban las opiniones de un Winckelmann y un Lessing. Todavía estaban lejos los tiempos de un Riegl y los de un Spengler, que en la *Decadencia de Occidente* coloca la cultura generalmente llamada mexicana (precolombina) “entre las diez más importantes de la humanidad”.

En cambio, por lo que se refiere a la afición del pueblo mexicano a la música, la autora se hace lenguas en elogio de la excelente y natural disposición que encuentra en los medios urbano y rural. Se duele, en consecuencia, de que personas con cualidades innatas para el cultivo del arte sonoro “carezcan de maestros de música y de baile”. “En cada casa hay un piano tal cual; pero la mayor parte de las que tocan han aprendido al oído y, naturalmente, lo abandonan pronto por falta de instrucción y de estímulo.”

EN LA ÉPOCA en que la esposa del embajador escribe su *Diario*, estaban los juegos de azar en pleno auge en San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), extramuros de la capital. La ruleta y el tapete verde todo lo absorbían en aquella feria, a la que solían concurrir damas muy bien plantadas, entre ellas una joven "heredera titulada" que "se cambiaba de traje cuatro o cinco veces al día", pues "se adornan las señoras, aunque en vano procuran hacerse atractivas al sexo opuesto, ya que los hombres están fascinados por el juego". La autora acoge en sus apuntes la versión muy socorrida de que sobran los jugadores que no frecuentan a Birján sólo por vicio o por afición, sino con la esperanza de lograr un golpe de suerte que conjure la bancarrota comercial de sus negocios.

Además, transmite la impresión de que en México se juega desafortadamente y en grande, a ganarlo o perderlo todo, y refiere pintorescos sucedidos en torno a la vorágine de las apuestas, entre éstos el de un español, dueño entonces de varias haciendas, que, regresando de la feria de Tlalpan con tres mil onzas recién ganadas en el juego, e invitado fortuitamente en el camino a desayunar, encontró allí otra vez la oportunidad de invocar a la diosa fortuna con sus invitantes y los huéspedes, a cuyas manos no tardaron en pasar las tres taleguitas de áureas monedas; luego, privado de ellas, se allanó a apostar una de sus fincas, en seguida otra y otra, y como la veleidosa deidad le fuese siempre adversa, anochecido ese día quedó tan pobre como al llegar de España. La escritora afirma que la anécdota se la refirió un ministro del gabinete presidencial, a quien el hecho le constaba.

Indiscutible es lo dicho por Frances, y aun se quedó corta. La pasión por el juego en México está corroborada por la tradición. Don José María Marroqui recordaba que por el año de 1826 se alquilaban las casas de San Agustín de las Cuevas con anticipación de tres y cuatro meses, pagándose por ellas, en los tres días de la feria anual, de trescientos a quinientos pesos; que las damas cambiaban de traje tres o cuatro veces al día, y que las apuestas se hacían solamente con onzas de oro; que la banca solía tener de 15,000 a 30,000 onzas, y que arriesgar cincuenta o sesenta era una insignificancia. El

encargado de negocios británico en México, Mr. Ward, afirmaba —según el propio Marroqui— haber visto apuestas de 620 onzas; que doña Inés del Jaral perdió, en un solo albur, catorce mil pesos; que al virrey Iturrigaray se le comunicó la noticia de la abdicación de Carlos IV mientras jugaba una tapada de gallos y, finalmente, que a Iturbide se le participó su proclamación al Imperio cuando allí mismo, sobre el tapete verde, apostaba una partida de tresillo.<sup>3</sup> Por si fuera poco, bien sabido es que Su Alteza Serenísima, don Antonio López de Santa-Anna, cruzaba apuestas en Tlalpan con don Juan Manuel Irazayábal por cuarenta y cincuenta mil pesos, amén de lo que perdía en las tapadas de gallos. ¡Realmente, no teníamos entonces nada que pedirle a Montecarlo!

UNA BREVE VISITA al convento de Santa Teresa le hace descubrir, no sin perplejidad, las prácticas de una ascética que linda con el más refinado masoquismo:

Nos enseñaron una corona de espinas que en ciertos días usa una de las monjas en señal de penitencia; está hecha de hierro, por tal arte, que las espinas, al penetrar en la carne, la hacen sangrar. Mientras la monja lleva la corona en la cabeza, se le pone en la boca una especie de mordaza de madera y permanece postada con el rostro sobre el suelo hasta que termina la comida, y en esta condición le dan su alimento, del cual toma lo que puede... Visitamos las diferentes celdas y nos horrorizamos de ver las torturas que estas monjas se infligen a sí mismas.

Algunas monjas llevan a veces, “alrededor de su cintura, una banda con puntas de hierro hacia adentro”; otras, “en su pecho portan una cruz con clavos, cuyas puntas penetran en la carne. Pude comprobar melancólicamente con mis propios ojos la verdad de este suplicio”, afirma.

La vista de tales horrores y la apariencia de alegría con que algunas monjas se conducen en presencia de Frances la perturba de momento; pero pronto logra saber que la mayor parte viven con la salud quebrantada; que otras, enfermas, se ven urgidas a abandonar el claustro con premura, y que son muy pocas las que resisten tan morbosos castigos y llegan a la vejez.

En contraste con estas inmolaciones y estos sacrificios, comenta la corrupción ambiente en algunos conventos de frailes, y, recordando los tiempos en que el virrey Revillagigedo solía frecuentar aquellas casas de voluntaria reclusión para cerciorarse de la santidad de costumbres y de la disciplina conventual, exclama: “¡Ah, ojalá viviera Su Excelencia en estos tiempos y pudiera ver a ciertos frailes a determinada hora, bebiendo pulque y divirtiéndose en otras formas!”

En otro aspecto de sus observaciones, llama la atención que la futura marquesa refiera con tan singular asombro, por ser costumbre española, el paso procesional del viático por las calles de México a los acordes de una banda militar de música. En aquella procesión que la deja pasmada, el sacramento era, según colegimos, para el general José Morán,<sup>4</sup> que murió el 28 de diciembre de 1841. En la comitiva pasan “monjes con sandalias y oficiales militarmente paramentados, en tanto que frente a su casa toca una banda de música, mientras lo hace otra en las puertas de Catedral, y en medio de las armonías monacales y de las músicas bélicas su alma se preparaba para emprender el vuelo, solitaria y sin que nadie la sirva”.

Nuestras constantes revueltas y cuarteladas —de las que ya la escritora ha presenciado y sufrido hasta dos con nutrido fuego de artillería— y sus naturales consecuencias le sugieren sensatas predicciones sobre el triste porvenir de México. Ella, como extranjera, puede ver probablemente con mayor claridad que el propio habitante del país, acostumbrado a estas guerras de rutina. Sus pronósticos la conducen a trazar, aunque con diferentes rasgos, la ya próxima penetración norteamericana en pos de expansión territorial. En efecto, dice que el abandono, el tiempo y la guerra intestina lo van destruyendo todo, e imagina para el futuro este cuadro: las rejas coloniales de las mansiones y palacios “han sido fundidas”, la plata labrada “ha sido transformada en dólares”, las alhajas de la Virgen “se vendieron al mejor postor y... al conjunto lo rodea una bonita empalizada de madera, recién pintada de verde; y... todo esto lo ha venido a hacer alguno de los *artistas* de la despierta República del lejano Septentrión”...

VISTO SU *Diario* en conjunto, se advierte que madame Calderón no procede sistemáticamente en sus observaciones y, salvo el prejuicio contra el México independiente y la nueva sociedad, puede decirse que es leal y objetiva en su modo de apreciar las cosas. Refiere lo que ve, unas veces como un espejo que refleja, otras con sentido crítico, o bien con espíritu de censura. Habla de los limosneros, monstruos de mil cabezas; del regateo —que un siglo más tarde sigue interesando a Lawrence—; <sup>5</sup> de los gritos callejeros “que comienzan al amanecer y que no concluyen sino hasta por la noche”, o sean los pregones del comercio ambulante; de los “huevos de mosquito que sirven para hacer tortillas”, o sean los *axayácatl*, “que a juicio de los españoles son muy sabrosos”; de las corridas de toros; de la “güera” Rodríguez; de los frecuentes asaltos y robos en poblado y despoblado; de las rentas caras (se queja, preocupada, de que en alquileres de casas “nada pasadero se puede encontrar por menos de dos mil quinientos duros al año”); de la extorsión que sufren los pacientes de parte de ciertos médicos extranjeros, que pasan cuentas hasta por diez mil pesos, incluso si ha muerto el enfermo; del cambio notable de temperatura en la capital por la desmedida tala de árboles; de algunos bailes sociales que ocasionalmente se celebraban durante la cuaresma; del constante tirar cohetes al espacio, con la bien conocida anécdota que se sitúa en la Corte de Fernando VII; de los ascensos a granel, e imprudentemente frecuentes, con que el gobierno compra el servilismo de los pretorianos; de la cocina mexicana, con la que demasiado tarde, para su desgracia, se reconcilia; de las pulgas de Morelia, con fama bien acreditada que corría en “historias increíbles”, como llevarse a cuestras un pedazo de petate en los mesones, y ser adiestradas para exhibirlas vestidas de trajes de fantasía, o tirar de un carro miniatura; de la autoinoculación de la ponzoña de la serpiente de cascabel para inmunizarse contra ella, y de infinidad de anécdotas, observaciones y sucesos vistos u oídos.

El *Diario*, repetimos, ofrece en general muy buenas observaciones. Se advierte la cultura de Frances y hasta se delata,

en sus acotaciones, el espíritu pedagógico de quien fue en un tiempo maestra de banquillo. Por desgracia, su breve permanencia en el país le impide interpretar fielmente la realidad mexicana. Por otra parte, ha leído poco o casi nada sobre México, y lo que sabe lo ha aprendido sobre las rodillas, a bordo del barco, en el *Ensayo político sobre la Nueva España* del barón de Humboldt. Al insigne científico alemán debe haberlo leído en la versión inglesa, comprada en alguna librería norteamericana, por no hallar otra guía a la mano, y ya bajo el apremio de su traslado a México, al saber el inesperado nombramiento de su esposo, a la sazón en Washington, desempeñando alguna comisión de la reina de España.

Sin embargo, esta deficiencia en su preparación libresca respecto a los temas nacionales no parece corregirse después. Ha leído quizá a algunos historiadores hispanófilos de la Conquista —Prescott y Alamán, supongo—, que le inspiran el culto que profesa al audaz capitán extremeño y, de rechazo, su poca simpatía por Cuauhtémoc y los caudillos de la defensa de Tenochtitlán. Consecuentemente: entusiasmo por la Colonia y desdén o, si mucho, compasiva simpatía por nuestro indio y benévola tolerancia por la causa de la independencia política de México. No parecen haber llegado a sus manos la crónica de Bernal, la *Historia* de fray Diego Durán, la *Crónica mexicana* de Alva Ixtlilxóchitl, la *Historia antigua de México y de su conquista*, por Francisco Javier Clavigero, ni los autores que empiezan a fincar su interés por lo nuestro y a dar configuración al espíritu de lo mexicano como producto mestizo.

Comprensiva y fiel esposa del diplomático hispano, la futura marquesa de Calderón se mantuvo prudentemente dentro del ámbito de las ideas políticas de aquél, reflejo, a su vez, del pensamiento de la corte de Isabel II. Colocada en esta situación, Frances fue leal al régimen que su cónyuge servía, en un país que España trató de retener y, luego, de reconquistar con celo y amargura de madre repudiada. Por otra parte, no hay que olvidar que ella no escribía para México, y que las páginas redactadas en este país sólo tienen la apariencia formal de diario y que, como todo lo que se des-

tina al público, carece de la autenticidad de una efeméride personal, pese a lo que contrariamente afirma Prescott en el prólogo a la primera edición de *La vida en México*.

Empero, no podrá negarse que se trata de un libro en cuyas páginas, casi sin excepción, campea un permanente interés: el estilo es ágil, dinámico, directo, sin digresiones ni interpolaciones fastidiosas. No es, ni pretendía ser, la obra de una mujer erudita, y en eso radica parte de su valor; es la versión objetiva de lo que ve, aunque modificada por lo que le dicen y por la inevitable predisposición profesional de su caso particular en nuestro país, con cuya independencia política España tiene que resignarse oficialmente a los diecinueve años de consumada.

Establecida, pues, esta doble situación psicológica y profesional, el *Diario* de Frances Erskine Inglis ofrece finas observaciones sobre hechos y fenómenos que hoy todavía sobreviven formando parte de la entraña nacional, y en los que solemos no reparar espontáneamente de tan rutinarios que nos parecen, y que sólo acertamos a percibir cuando ante nuestra retina los exhibe un observador inteligente, a condición de que nos sea extraño.

#### NOTAS

<sup>1</sup> *La vida en México*, México, 1958, tomo I.

<sup>2</sup> Recuerdo la costumbre que había de compartir la mesa con el recién llegado a tiempo de comer, diciéndosele: "Más vale llegar a tiempo que ser invitado."

<sup>3</sup> *México a través de los siglos*, tomo IV.

<sup>4</sup> Luchó en el ejército realista y posteriormente secundó a Iturbide, pero, al proclamarse emperador éste, se alió a sus enemigos, contribuyendo a su caída. Fue comandante militar de la ciudad de México y, en 1838, ministro de la Guerra.

<sup>5</sup> D. H. LAWRENCE, *Mañanas en México*, México, 1942.